

Los inicios del guevarismo en Argentina

Sergio Nicanoff

www.contrahegemoniaweb.com.ar

Primera parte

En Julio de 1962 cinco militantes de Palabra Obrera (PO), una organización trotskista que aún continuaba desarrollando una estrategia de entrismo en el peronismo, arriban a Cuba con el objetivo de recibir adiestramiento armado. El referente principal del grupo es Ángel “Vasco” Bengochea, un cuadro de la organización que ha alcanzado notoriedad pública por su militancia en el marco de la resistencia peronista.

Su rol de director de la publicación Palabra Obrera, de vocero de la organización en espacios del movimiento peronista y su papel en impulsar agrupaciones sindicales de base con identidad peronista en las fábricas del conurbano, le han granjeado reiteradas detenciones de la dictadura militar iniciada con el golpe de 1955. El objetivo principal de los militantes de PO es conseguir ayuda financiera y capacitación militar para la experiencia de insurrección campesina y de recuperación de tierras del Perú liderada por Hugo Blanco. Pero el Vasco está convencido de que existen condiciones en Argentina para desarrollar la lucha armada. En el momento del arribo del grupo a la isla, otro golpe ha derribado al gobierno de Arturo Frondizi y José María Guido se encuentra en el gobierno como títere de las Fuerzas Armadas.

El pensamiento del Che

Hacia pocas semanas Ernesto “Che” Guevara había desarrollado su análisis de la coyuntura en un asado celebrado el 25 de Mayo para los argentinos de distintas organizaciones presentes en la isla. En esa ocasión el Che trazó una comparación con la revolución de Mayo de 1810. Según evaluaba, los revolucionarios de esa época, particularmente San Martín, habían diseñado la estrategia de liberación de Chile y Perú con plena conciencia de que si las Provincias Unidas del Río de la Plata quedaban aisladas, la restauración del poder español era sólo cuestión de tiempo. En su mirada lo mismo ocurría en ese momento con la revolución cubana. Si la ola revolucionaria no se extendía, ésta terminaría cercada por sus enemigos. Ningún país -mucho menos una isla ubicada a escasas millas del imperio estadounidense- podría resistir los múltiples ataques a los que se vería sometido un proceso revolucionario. Era necesario desarrollar otros procesos de cambio en América Latina. En particular si

se lograba llevar adelante una revolución en Argentina, las posibilidades de transformación de toda la región aumentaban. Dada la importancia cultural, social, económica y la diversidad de recursos naturales de su país de origen, el impacto podía crecer exponencialmente sobre América Latina aún más que el ejemplo cubano. Para el Che del campamento de adiestramiento militar -que debía organizarse de manera posterior al asado- tenía que salir una guerrilla que impulsara la lucha armada en Argentina en el marco de una estrategia revolucionaria continental.

Sin duda esa convicción se basaba en su convencimiento de que la experiencia cubana demostraba que la lucha guerrillera podía derrotar a un ejército regular. Un grupo armado podía con su ejemplo despertar adhesiones en la población que permitieran pasar, en un proceso, de guerrilla a ejército popular. En su visión el campo, mucho más que las grandes ciudades, era el lugar de mayor fragilidad de la dominación, el eslabón más débil y por lo tanto ese era el escenario donde debía instalarse la guerrilla. Con su accionar el núcleo combatiente iría recreando una auténtica vanguardia de la que surgiría una herramienta política unitaria que iba a terminar con años de divisiones estériles de los revolucionarios.

Un elemento central que aportaba su visión era la ruptura con el determinismo de las condiciones objetivas que supuestamente debían existir para poner en marcha un proceso revolucionario. Por el contrario, para el Che las condiciones para una transformación revolucionaria se podían crear a partir de la propia acción de la vanguardia. Ésa era una enseñanza clave que extraía de la revolución cubana. Recuperaba así el valor de la subjetividad y la voluntad de los revolucionarios y rompía con los dogmas etapistas – que sostenían que antes de pensar en el socialismo había que completar el desarrollo capitalista y las tareas democrático-burguesas– que reinaban casi sin oposición en las izquierdas del continente.

Esas tesis eran acompañadas por el convencimiento de que sólo hombres que portasen valores superadores de los que propugnaba el capitalismo, podrían con alguna posibilidad de éxito construir otra sociedad. La guerrilla debía constituirse en el instrumento de desarrollo, y en la escuela de un hombre nuevo infinitamente más solidario, capaz de los mayores sacrificios y entrega que con su ejemplo anunciara las posibilidades de otro tipo de ser humano. La idea de que no es posible cambiar el capitalismo sin el desarrollo de prácticas y formas de sociabilidad que prefiguren la sociedad venidera, piedra nodal de las concepciones de muchas construcciones populares en el Siglo XXI, estaba presente de manera embrionaria, en el pensamiento del Che.

La necesidad de impulsar la lucha armada a nivel continental y los problemas a los que se enfrentaba Cuba en su intento de transición al socialismo constituían una unidad en el pensamiento del Che. El desarrollo acerca de los problemas de la transición se puede encontrar apenas unos años más tarde en la publicación de **El socialismo y el hombre en Cuba** que escribe para la revista uruguaya Marcha. También en sus **Apuntes críticos a la economía política** que sólo tomarán estado público décadas más tarde. Durante sus estancias en Tanzania y en Praga, con posterioridad a su misión internacionalista en el Congo, el Che acometería una crítica sistemática del **Manual de Economía Política de la Academia**

de ciencias de la URSS. El elaboración de esas concepciones nos remiten a los años 1965 y 1966, pero sus hipótesis tienen sus raíces en los primeros años de la revolución cubana y están profundamente imbricadas con su estrategia militar.

Dado que, contra lo que preveía Marx, las revoluciones no estallaron en los países más desarrollados del planeta sino que lo habían hecho en países periféricos, esta situación determinaba fuertemente las transiciones del capitalismo al socialismo. La ley del valor, el subdesarrollo, la fuga de capitales y la falta de bienes condicionaban esa transición. La tentación fuerte consistía en que las dirigencias revolucionarias creyeran que era posible realizar el socialismo con las armas melladas del capitalismo, es decir reduciendo el nuevo sistema a la expansión de la producción de mercancías, la rentabilidad, el incentivo del interés material individual. Si esa base económica persistía –eso era para el Che lo que sucedía en la Unión Soviética a mediados de los 60’- inevitablemente iría minando, debilitando la conciencia de la población; por ende la posibilidad de la restauración del capitalismo avanzaba a pasos agigantados.

Sólo una estrategia donde prevaleciera a nivel económico los estímulos morales combinados con la utilización de estímulos materiales, pero de carácter colectivo, social, comunitario, podía desarrollar una nueva conciencia que construyera el hombre nuevo que era el pilar fundamental sobre el que se tenía que alzar la nueva sociedad.

Este desarrollo al que llegaba el Che tenía directa relación con lo que argumentaba en 1962. Si no avanzaba un escenario revolucionario continental aumentaban las posibilidades de estancamiento y restauración del capitalismo en la isla. Sus conclusiones, que evidentemente conducían a la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país, no provenían solamente de lecturas teóricas -incluida **La Revolución Permanente** de Trotsky, obra de la que desconocemos si tuvo una lectura directa- sino sobre todo de la evaluación de la propia experiencia de la revolución cubana. Los planteos del Che de 1965 están prefigurados, en cierto sentido, en los argumentos que utilizaba en el asado de 1962.

Un factor que aceleraba sus preocupaciones acerca del destino de la revolución acababa de tener otro capítulo. En Marzo de 1962, Fidel Castro acusaba públicamente al líder del Partido Socialista Popular- el clásico Partido Comunista prosoviético- Aníbal Escalante de maniobras sectarias y divisionistas, destituyéndolo de todos sus cargos. El año anterior, en julio de 1961, se habían creado las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) donde se unificaban el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular. Dado que la dinámica de la revolución había llevado a una confrontación total con los Estados Unidos y a un acercamiento con la Unión Soviética, la fracción de viejos comunistas encabezada por Escalante pretendía el control estricto del nuevo partido. A pesar de no haber protagonizado la lucha revolucionaria y en más de una ocasión confrontado con las posiciones del 26 de Julio, por ejemplo oponiéndose a la lucha armada contra Batista, buscaban aprovechar el nuevo escenario para mostrarse como interlocutores privilegiados de la Unión Soviética y homogeneizar el nuevo partido ubicando en puestos claves a ex miembros del

PSP. La argumentación favorita para atacar a cuadros no “confiables” era que no provenían del marxismo y ese supuesto desconocimiento favorecía prácticas pequeño burguesas. Uno de los atacados por esa ofensiva interna era el argentino Jorge Ricardo Masetti, que se había apartado de la dirección de Prensa Latina no sólo por su decisión de impulsar la lucha armada sino también por el desgaste que le habían provocado los permanentes boicots y críticas de los cuadros que respondían a Escalante. En realidad, el ataque a Masetti era un ataque indirecto al Che –dada la profunda relación que los unía- a quién, dado su inmenso prestigio, no podían cuestionar directamente. Sin duda Guevara representaba para la fracción prosoviética todo lo que había que combatir en Cuba. La intervención de Fidel descabezando la fracción Escalante parecía haber zanjado la cuestión a favor de las posturas más radicales y menos dogmáticas de la revolución. Pero el Che no se hacía falsas ilusiones. Como hemos visto, en su mirada los factores que podían conducir a la burocratización de la revolución obedecían a procesos profundos que excedían la coyuntura. Si bien se congratulaba del descabezamiento de esa ala burocrática, los acontecimientos habían reforzado su perspectiva basada en la necesidad de una guerra revolucionaria continental; el impulso a la guerrilla rural; el peso determinante de la voluntad revolucionaria; el estímulo a un hombre nuevo portador de valores sociales diferentes; la necesidad de políticas económicas que priorizaran los incentivos morales y que tomaran en cuenta la dimensión subjetiva, simbólica del pueblo cubano y sus revolucionarios como elementos imprescindibles de la transición al socialismo, eran una unidad. Aspectos de su razonamiento que no se podían disociar. Ése es el Che que encontrarían los argentinos que participaron del adiestramiento militar.

El debate sobre las formas de impulsar la lucha armada

El curso de capacitación militar en el que finalmente participarían los militantes de Palabra Obrera estaba compuesto por grupos muy diferentes de argentinos, en su enorme mayoría convocados por John William Cooke y Alicia Eguren. Entre otros se contaban militantes universitarios, miembros de escisiones del socialismo argentino, militantes de la juventud peronista y sobrevivientes de la experiencia de la guerrilla peronista de Uturuncos. La larga demora en el lanzamiento de la escuela generaba malestar entre el colectivo de argentinos. Por eso el Che se reuniría con ellos, junto a Alicia Eguren, para destrabar el inicio del adiestramiento y desarrollar sus opiniones sobre la dinámica de la revolución en América Latina y en Argentina. En ese marco, el Vasco desarrollará una polémica con el Che, en especial alrededor de la tesis del foco rural. Para Bengochea el gran desarrollo urbano en la Argentina, una importante industrialización, el peso social de la clase obrera y el rol de cohesión que cumplía la identidad peronista hacía necesario partir de que el escenario principal de la guerrilla en Argentina debía ser urbano. Eso no implicaba desconocer la posibilidad de una unidad guerrillera en el monte pero no como epicentro de la acción armada. Para argumentar en favor de su tesis, el Vasco traería el ejemplo de las guerrillas urbanas creadas en Europa en contra del nazismo, en especial en Francia e Italia, así como la experiencia vietnamita contra la ocupación francesa pensada en ese caso como un ejemplo de práctica político-militar de desarrollo combinado, tanto urbano como rural.

El Che, que según todos los testimonios demostraría un gran respeto tanto por los planteos como por la figura del Vasco, rebatiría esos argumentos y ambos no se pondrían totalmente de acuerdo tanto en esa ocasión como en la segunda entrevista que tendrían en el curso del campamento.

Sin embargo, en determinado momento los militantes de Palabra Obrera acordarán la posibilidad de lanzar una guerrilla en la provincia de Tucumán. Qué había ocurrido y en qué medida esa decisión implicaba un cambio de actitud por parte del Vasco y sus compañeros, es algo que merece una reflexión pormenorizada.

Respecto a la mirada del Che, no sería la única ocasión en la que se encontraría con observaciones respecto a la estructura socioeconómica de la Argentina y el peso del peronismo como un aspecto determinante a tener en cuenta para el desarrollo de la lucha armada. En cada ocasión, Guevara absolutizaría el ejemplo de la revolución cubana y las posibilidades de la guerrilla. Como le argumentaría en otra oportunidad al argentino Ciro Bustos -quien le formulará objeciones similares a la del Vasco- el problema de la Argentina era la pobreza y la dependencia. El peronismo era tan sólo un síntoma, pero lo que importaba era la enfermedad. Si un grupo armado evidenciaba su voluntad real de combatir, que se guiaba por los hechos y no por las palabras, demostrando que sólo se podía ser vanguardia organizando el enfrentamiento contra la violencia de las clases dominantes, las diferencias identitarias quedarían de lado. Todos los que genuinamente creían en la necesidad de impulsar la revolución de manera inmediata abandonarían el culto a la supuesta ausencia de condiciones objetivas y se plegarían a impulsar la lucha armada.

Sin duda existía una simplificación por parte del Che de la situación en Argentina, una mirada poco profunda respecto del peronismo, con un desconocimiento de las transformaciones que se habían originado en su seno tras el golpe de 1955 y una sobrevaloración de las posibilidades inmediatas de arraigo de la guerrilla. Algunas de las razones que lo llevaban a esas conclusiones las discutiremos posteriormente.

A su vez, con todo el respeto que tenía por las figuras de Cooke y Alicia Eguren, el Che guardaba un importante grado de escepticismo respecto a que el inicio de la lucha armada tuviera como epicentro del reclutamiento el peronismo, un espacio político al que veía altamente penetrado por la ideología del enemigo.

Acuciado por la necesidad inmediata de continentalizar la lucha armada en términos operativos, la estrategia que comenzaba a diseñar tenía dimensiones regionales. La lucha armada debía abarcar inicialmente el norte de Argentina, el sur de Bolivia y de Perú. Eso implicaba que distintas columnas guerrilleras tenían que converger en acciones paralelas que en determinado momento, abriendo amplias vías de comunicación, debían terminar por confluir.

El grupo del Vasco era parte de ese diseño con su futuro asentamiento en Tucumán, pero no era la carta principal del Che. Posiblemente se encontraba disconforme con los resultados del campamento. Una parte de los militantes peronistas se habían negado a la capacitación basándose en que no había ninguna posibilidad de guerrilla sin el apoyo explícito de Perón. A su vez, de 45 miembros que comenzaron la

formación político-militar sólo 21 de ellos, entre los que se encontraban los miembros de PO, habían podido resistir los largos meses de entrenamiento.

Por eso un grupo de argentinos y de cubanos que había combatido en Sierra Maestra, había sido reclutado y adiestrado por otros canales con absoluta compartimentación y directamente bajo la supervisión del Che. Ese grupo tenía la misión de iniciar un foco guerrillero en Argentina cuyo lugar de asentamiento sería una zona montañosa y selvática de la provincia de Salta. La región contaba con una amplia frontera con Bolivia, concebida como lugar de repliegue, abastecimiento y conexión con otras columnas guerrilleras. Se trataba de lo que sus miembros denominarían el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP). La cabeza visible era el ya mencionado periodista argentino Jorge Ricardo Masetti. El reportero se había transformado en un hombre de estrecha confianza del Che durante su dirección de la agencia de noticias Prensa Latina creada tras el triunfo de la revolución. Previamente había realizado un reportaje a Fidel y al Che en plena Sierra Maestra durante el combate contra la dictadura de Batista. Al bajar de la sierra descubrió que la nota no había llegado a sus jefes en Buenos Aires por lo que volvió a subir clandestinamente adonde estaba la dirección guerrillera para realizar nuevamente la entrevista. Esa hazaña periodística sería retratada en su obra **Los que luchan y los que lloran**. En el EGP Masetti adoptaría el nombre de guerra de Segundo, haciendo referencia al gaucho Segundo Sombra, dado que el primer lugar en la guerrilla, a futuro, estaba destinado al Che, quien tomaría el nombre de Martín Fierro.

En determinado momento el mando de la guerrilla sería asumido directamente por Guevara en persona, por lo que la misión inicialmente consistía en lograr asentarse en el territorio, permanecer, crecer, desarrollar logística e inserción, evitando combatir hasta su llegada.

Por otro lado, desde la perspectiva del Vasco y sus compañeros la adhesión al proyecto armado tenía áreas de similitud y de diferencia con el proyecto del Che.

Ya hemos señalado sus diferencias principales, pero el campo de convergencia era muy amplio. En primer lugar la mayoría de los hombres del PO que se encontraban en Cuba estaban convencidos de que en Argentina existían condiciones concretas para el inicio de la lucha armada, por lo que el planteo de Guevara conectaba profundamente con sus propias evaluaciones.

En segundo lugar, el impulso de una estrategia armada continental resonaba favorablemente en los oídos de quienes se habían formado en la convicción trotskista de que era imposible la construcción del socialismo en un solo país y que sólo la dinámica de la revolución permanente podía impedir la burocratización de un proceso revolucionario.

En tercer lugar la oposición decidida de la mayoría de los Partidos Comunistas latinoamericanos a la línea de acción cubana, aumentaba sus simpatías hacia las ideas del Che.

En cuarto lugar la necesidad de la unidad de los revolucionarios en un frente de liberación sintonizaba con los análisis y las expectativas que los habían traído a Cuba.

Pero por sobre todo la vivencia de la revolución en curso que se encontraba en plena ebullición y proceso de transformación, junto al ejemplo de figuras como Guevara que encarnaban la antítesis del burócrata, ejercía una enorme atracción. Lejos de vivirlo como una presión que los haría abdicar frente al foquismo -como argumentaría meses después el líder de Palabra Obrera Nahuel Moreno para rechazar el plan guerrillero- el Vasco y sus compañeros vivenciaban el conocimiento de la revolución como una enorme experiencia, la más rica de Latinoamérica, que debía ser asimilada, analizada y recogida.

Como vemos, el campo de las coincidencias matizaba las diferencias surgidas en el campamento. Mientras el grupo del Vasco regresaba a la Argentina decididos a comenzar las tareas de instalación de una guerrilla, por otro lado los miembros del EGP iniciaban su camino hacia el norte de la Argentina. Pronto ambas experiencias tomarían estado público.

Bibliografía

Bengochea, Ángel y López Silveira, J.J., *Guerra de Guerrillas*, Editorial Uruguay, Montevideo, 1970.

Bustos, Ciro, *El Che quiere verte*, Buenos Aires, Vergara, 2007.

Castellano, Axel y Nicanoff, Sergio, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2006.

Guevara, Ernesto, *La guerra de guerrillas*, en Escritos y discursos, Tomo I, La Habana, Editorial de ciencias sociales, 1977.

_____, *El socialismo y el hombre en Cuba*, Montevideo, Marcha, 1965

_____, *Apuntes Críticos a la economía política*, Bogotá, Ocean Sur, 2007.

Masetti, Jorge, *Los que luchan y los que lloran y otros escritos inéditos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2012.

Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2000.

Segunda parte: ¿Lucha armada en el gobierno de Illia?

A lo largo de 1963 se desarrolló el reconocimiento del territorio salteño elegido para el despliegue de la guerrilla del EGP y la preparación logística. A su vez el Vasco y sus compañeros se separaban de Palabra Obrera y comenzaban el reclutamiento de cuadros para llevar adelante su propia organización armada. Durante esos preparativos tuvieron lugar las elecciones nacionales de Julio de 1963. Arturo Illia, el candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) triunfaba con el 25,15% de los votos.

El peronismo era nuevamente proscripto en unas elecciones regidas por un estatuto de los partidos políticos dictado en el gobierno de José María Guido, que postulaba que sólo podían presentarse a los comicios fuerzas que “repudian abiertamente al régimen derrocado en 1955 y a todo sistema de gobierno comunista...o de cualquier otro totalitarismo de derecha o de izquierda”. El impulso al voto en blanco se decidía apenas cuatro días antes de los comicios alcanzando un 19,72% que estaba muy por debajo de las expectativas del peronismo.

Una discusión ineludible reside en abordar las causas que llevaron a diversas organizaciones a mantener su decisión de lanzar la lucha armada durante el gobierno del radical Arturo Illia. Las críticas más usuales remarcan que el accionar guerrillero, llevado adelante en el marco de un gobierno surgido de un acto electoral, violaba las premisas básicas sostenidas por el Che, quien recomendaba no realizar acciones armadas si existían gobiernos que contaban con alguna base de legalidad política. El Che afirmaba que:

“Hay que considerar siempre que existe un mínimo de necesidades que hagan factible el establecimiento y consolidación del primer foco. Es decir, es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica...donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica”.

Mantener la decisión de lanzar la guerrilla en esa coyuntura particular auspició análisis posteriores que sostuvieron que allí residía uno de los errores básicos de su accionar, un factor que permitió su aislamiento, así como un elemento que demostraba el temprano desprecio de los grupos armados por la política y la subordinación de toda su estrategia al plano militar.

Pero sólo un análisis riguroso de la Argentina de la época puede dar cuenta de los procesos profundos que llevaban a diversas franjas de la militancia revolucionaria en Argentina a volcarse a la lucha armada.

Lo primero a tener en cuenta es que aunque aquí nos ocupamos de los espacios que podríamos inscribir en un temprano guevarismo, la voluntad de llevar adelante la lucha armada excedía ampliamente esas organizaciones.

El 9 de Agosto de 1963 un grupo llevaba adelante el asalto al Policlínico Bancario. Pocos meses después tomaba estado público que quienes habían protagonizado la acción con el objetivo de buscar fondos para iniciar la lucha armada, pertenecían al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), una escisión por izquierda de la organización ultraderechista Tacuara.

Al año siguiente hacía su aparición en el seno del peronismo el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), considerado el primer intento de cristalizar orgánicamente una corriente de izquierda en el peronismo con un programa propio y una serie de definiciones ideológicas más radicales. Entre sus figuras más prominentes se encontraba Gustavo Rearte, dirigente sindical del gremio de los jaboneros, líder de la juventud peronista de la resistencia y organizador, posteriormente, de la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP). Rearte había elaborado las bases ideológicas del agrupamiento redactando y presentando una declaración de principios y el llamado decálogo revolucionario, que tendrían un rol fundacional para las futuras corrientes del peronismo revolucionario. Allí se sostenía que:

“Para que el movimiento pueda cumplir el papel de conducción, de aglutinador que la clase trabajadora argentina le impone, debe desprenderse de los elementos burgueses y reformistas que lo frenan y superarse. Para ello debe darse una estructura y una dirección centralizada revolucionaria, altamente representativa de las bases, que incorpore los elementos ideológicos que permita penetrar profundamente en las contradicciones de la sociedad y forjar un programa revolucionario mínimo que contemple las necesidades de todo el pueblo... el régimen en descomposición ha cerrado todos los caminos al pueblo apoyado en la violencia y en la represión y haciendo del fraude y la proscripción de las mayorías populares su “sistema de gobierno”... Nuestro pueblo sabrá recoger la tradición de las montoneras gauchas y responder golpe por golpe a la reacción con sus mismas armas. De hoy en adelante sabremos utilizar la lucha armada como método supremo de la acción política”

Por otra parte con la llegada del gobierno de Illia, John William Cooke había regresado al país tras su exilio en Cuba, intentando estructurar una organización de cuadros revolucionarios al interior del peronismo que se proponía llevar adelante la lucha armada. La agrupación sería bautizada como Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Cooke –a quien ya vimos cómo actor clave en Cuba junto a Alicia Eguren para convocar militantes argentinos para el adiestramiento militar- estaba convencido de que había que realizar una paciente tarea de acumulación de cuadros, de propaganda y de trabajo ideológico al interior del peronismo, así como desarrollar todas las tareas logísticas necesarias para impulsar la lucha armada. Por lo tanto, no creía en la eficacia en esa coyuntura de una estrategia insurreccional pública como la que postulaba el MRP.

Desde una vertiente ideológica muy diferente se encontraba una escisión del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) Praxis creado por Silvio Frondizi. Se trataba de un núcleo de militantes que

llevó adelante la estrategia de impulso a la lucha armada y que años más tarde desembocaría en la confluencia que se conocerá como las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), a principios de los años 70. La estructura económico-social de la Argentina con un alto grado de desarrollo urbano, una importante clase trabajadora y el peso de la organización sindical, hacía que para ellos la principal hipótesis revolucionaria pasara por un proceso insurreccional que tendría como epicentro las ciudades. Eso los llevaba a cuestionar las experiencias de guerrilla rural a las que veían como copia del modelo cubano. Imaginaban que su tarea específica era la construcción de una herramienta político militar que intervendría de manera decisiva cuando se desatara el proceso insurreccional, pero como esa posibilidad no era inmediata consideraban que eso les daba tiempo para desarrollar su organización, acumular armas, infraestructura, dinero, inserción, etc. Por eso operarían militarmente durante el gobierno de Illia sin aparecer a la luz pública en ese momento. De hecho, contrariando las hipótesis que ubican al asalto al Policlínico Bancario como la primera acción guerrillera urbana, es el operativo de desvalijamiento del Instituto Geográfico Militar de 1962 realizado por este grupo, el que se puede ubicar como pionero.

No es éste el lugar para desarrollar en profundidad las discusiones, diferencias de concepciones y el periplo de cada una de las vertientes que aquí describimos someramente. Lo que demuestra esa existencia tan diversa de espacios que se proponen el impulso de la lucha armada en ese contexto es, por un lado, que el problema de la violencia política y los procesos que llevaron a la multiplicación de los grupos armados en Argentina son previos al golpe de Onganía.

En segundo lugar existía un debate profundo que cruzaba todo el arco militante de la izquierda, que ponía en crisis las estructuras de Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC) – incluso la misma vertiente trotskista de Nahuel Moreno, como vimos, se encontraba atravesada por ese debate que lleva a la ruptura de Palabra Obrera (PO) encabezada por el Vasco Bengochea- pero que también se expresaba con toda virulencia en el peronismo. Un eje determinante de ese debate era la violencia política y la lucha armada, lo que obligaba cada vez más a sentar posición al conjunto de la militancia. En el caso de las tradiciones de izquierda eso incluía una revaloración del peronismo a la luz de los acontecimientos post golpe de 1955.

Ya en ese momento para convocar a la militancia más sacrificada y comprometida, sólo una propuesta que se centrara en el impulso a la guerra revolucionaria podía encontrar eco más o menos inmediato. El debate al interior de la militancia se estaba saldando a favor de la lucha armada ya en esa etapa más temprana, lo que no significa que esas propuestas pudieran superar su carácter marginal en ese momento.

En eso hay que ser cuidadosos. En esa coyuntura los grupos que hemos descripto, en la mayoría de los casos, eran poco numerosos y sus grados de inserción social decididamente débiles pero su diversidad y su veloz multiplicación delataban la existencia de procesos muy profundos que arrancan tras el golpe de 1955 pero que para nada detienen su curso durante el gobierno de Illia.

En tercer lugar el impacto indudable de la revolución cubana a nivel mundial no puede ser pensado en el caso Argentino de manera unilateral sino que se inserta en un marco de luchas previas. En ese sentido los balances sobre las causas de la derrota de la primera resistencia peronista, los aciertos y fracasos de esa experiencia, llevaran a muchos militantes a evaluar la posibilidad de la acción armada incluso antes que el ejemplo de Cuba y el Che condensen esa vía en un sistema de ideas. Se trata de un desarrollo complejo de cruce y síntesis entre los procesos locales e internacionales.

Relacionado con ese proceso de sinapsis entre el ejemplo cubano y la situación interna encontramos el convencimiento de la mayoría de la militancia revolucionaria y gran parte de las clases populares de que el gobierno de Illia era parte del régimen de semidemocracia excluyente y proscriptiva surgida tras el golpe de 1955. Esa percepción pronto se confirmaría en Diciembre de 1964 tras el bloqueo del regreso del Perón al país con la complicidad de la dictadura brasileña, obligando al avión que lo traía de regreso a retornar a España desde el aeropuerto de Galeao en Río de Janeiro.

Ya hemos señalado cómo la anulación de las elecciones de 1962 por Frondizi instaló en el Vasco Bengochea y sus compañeros la convicción de que los espacios políticos legales se cerraban inexorablemente. Desde allí el dictatorial gobierno de Guido, el enfrentamiento en las Fuerzas Armadas entre las facciones colorada y azul, más la proscripción del peronismo en las elecciones de 1963 tendían a confirmar ese análisis y no a desmentirlo. La aguda crisis de credibilidad del sistema político estaba en la base de la legitimidad que pretendían tener todas las experiencias armadas para llevar adelante su accionar en el período. Este convencimiento iba mucho más allá de la estadía de Illia en un gobierno ya que aun los más cautos -como Cooke- veían al gobierno radical como una administración política sumamente débil. Se trataba, según entendían, de un momento efímero de relación de fuerzas que muy pronto volvería a encontrar cara a cara a las Fuerzas Armadas y sus apoyos en la sociedad civil frente a los que resistían e intentaban una salida revolucionaria. Hipótesis que el golpe de Onganía de 1966 terminaría por ratificar.

En cuarto lugar un aspecto decisivo que conducía al convencimiento en las bondades de la lucha armada era la existencia de una ruptura mucho más profunda que la de la crisis del aparato institucional: se trataba de una ruptura político cultural que escindía la sociedad en identidades políticas enfrentadas.

. Desde el golpe de 1955, como lo señala Ernesto Salas, se construyó una cultura popular resistente dado que

“en la Argentina, el punto de vista antiperonista que constituyó una cultura de clase, se apoyó en las antinomias ‘civilización contra barbarie’, ‘democráticos contra autoritarios’, ‘realistas contra populistas’, ‘modernos contra primitivos’ construyendo una inmensa segregación social.

Cuando ésta se agregó a la exclusión política, el resultado fue la formación de una identidad de resistencia de los excluidos que construyó formas de resistencia colectiva contra la opresión, de otro modo insoportable”

Esa identidad transmitió sus significados por diversos canales

“...una red de estructuras informales de organización y comunicación formada por los comandos de la resistencia, las comisiones internas de fábrica y las organizaciones juveniles políticas. Estas organizaciones informales ocupaban espacios seguros: los barrios, los clubes, las fábricas, las casas, las cárceles, los estadios de fútbol, etc.”

Esa identidad político cultural no se encontraba en el mismo punto durante el gobierno de Illia que durante la primera resistencia, pero seguía viva porque su construcción no estaba atada a la coyuntura, sino a lo que se percibía como la persistencia de la situación de exclusión, en las barriadas y lugares de sociabilidad de las clases populares. Aunque la enorme mayoría de los trabajadores no participara en ningún tipo de acción directa muchos estaban dispuestos a no condenarlas. El grado de aceptación de iniciativas que contemplaran la violencia política era más alto que en otros momentos históricos y tenía un piso determinado incluso antes de que el Cordobazo y los sucesos posteriores lo aumentaran notablemente. En parte, esa situación explica casos como los de un grupo de trabajadores peronistas de los frigoríficos de Berisso que adhieren con naturalidad a la propuesta del Vasco Bengochea de impulsar una guerrilla y colaboran decididamente con las tareas logísticas necesarias para llevarla a cabo. Se trata de una clase obrera excluida política y culturalmente que enfrentaba la puesta en marcha de un modelo de acumulación industrial capital intensivo, liderado por las empresas trasnacionales y los grandes grupos locales, que alteraba de múltiples formas la situación cotidiana de los trabajadores. La relación de franjas de los trabajadores argentinos con la violencia política y la lucha armada fue más compleja que las interpretaciones que la reducen a un problema exclusivo del descontento de la pequeña burguesía urbana.

De esa manera la emergencia de organizaciones armadas, aún las más diferenciadas del peronismo, y por supuesto la cristalización de sectores de izquierda al interior del peronismo, como el MRP o ARP, tenían vasos comunicantes con la existencia de una identidad popular resistente. De algún modo – incluso en un sentido más mediado, como era el caso del EGP o del grupo del Vasco Bengochea- eran emergentes de nuevas formas de lucha que respondían a esa ruptura social y al malestar, más sordo pero evidente, con la institucionalización de los sindicatos y del propio movimiento peronista, consecuencia de la derrota de las protestas populares en 1959. Abrevaban, directa o indirectamente, en esa cultura resistente para intentar encontrar eco a sus propuestas.

La crisis del sistema político y las dificultades de las distintas fracciones del bloque dominante por construir mecanismos estables de dominación y determinado grado de consenso, configuraba una situación de crisis de hegemonía que años más tarde -tras el Cordobazo- se transformaría en crisis orgánica. De ellas se alimentaban los proyectos revolucionarios que tenían una estrategia armada.

En quinto lugar esa adhesión de determinados sectores a la lucha armada se nutría de un contexto internacional que como indicamos, generaba múltiples ejemplos, símbolos, mitos entre los que por supuesto se encontraba la revolución cubana y la figura del Che pero también Argelia, Vietnam, los distintos procesos de descolonización en África y Asia, la divulgación del maoísmo y la revolución

China en un momento de fuerte enfrentamiento con la tesis de coexistencia pacífica con el capitalismo pregonada por la Unión Soviética. Incluso en países que se consideraban modelos democráticos regionales con un sistema político altamente estabilizado, como Uruguay y Chile, comenzaban a desarrollarse situaciones de crisis de hegemonía que abrían la puerta para el crecimiento de las organizaciones armadas.

Esta apretada síntesis nos muestra el complejo arco de factores que forjaron determinada mentalidad en el activismo de la época y que los llevó a ver la apelación a la violencia política y la acción armada como el único camino posible. Ninguno de esos elementos se ponen de manifiesto para su discusión si se sostienen postulados ahistóricos que critican la lucha armada basándose unilateralmente en el carácter parlamentario del gobierno de Illia.

Desde esta perspectiva es que podemos pensar al guevarismo en Argentina como una de las vertientes identitarias que impulsan la lucha armada y volver a las experiencias concretas del EGP y del Grupo del Vasco Bengochea.

Bibliografía

Arbelos, Carlos y Roca, Alfredo, *Los muchachos peronistas. Historias para contar a los pibes*, Madrid, Emiliano Escolar, 1981.

Bardini, Roberto, *Tacuara. La pólvora y la sangre*, México, Oceano, 2002.

González, Ernesto (coordinador), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Tomo II y III, Buenos Aires, Antídoto, 1996.

Gurucharri, Eduardo, *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Colihue, 2001.

Grenat, Stella, *Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los 70'*, Buenos Aires, Ediciones RyR, 2011.

Hendler, Ariel, *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)*, Buenos Aires, Vergara, 2010.

Salas, Ernesto, *Uturuncos: el origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2015.

_____ *De resistencia y lucha armada*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.

Tercera parte: EL EGP y las FARN: aparición, aniquilamiento y diáspora

El caso del EGP

Según el historiador Gabriel Rot, el resultado de los comicios de 1963 que llevó a Illia al gobierno tomó por sorpresa a Masetti, quien creía que éstos no se llevarían a cabo y serían finalmente interrumpidos por los militares. Es una incógnita si se realizaron o no consultas con La Habana para evaluar si se seguía adelante con los planes originales de la guerrilla o se los suspendía temporalmente. Lo cierto es que de acuerdo al testimonio de Ciro Bustos, un artista plástico argentino reclutado en Cuba que cumplía la función de nexo entre el EGP y las bases urbanas de reclutamiento de la guerrilla, “Masetti una noche me llama a su lado: -Pelado, somos unos comemierdas. Las elecciones son una farsa, una trampa del sistema. Nada ha cambiado. Seguimos adelante” La decisión tenía que ver con la urgencia cubana, en especial del Che, de evitar el aislamiento de la isla impulsando otros procesos revolucionarios en el continente. A su vez reflejaba no sólo la postura de los miembros del EGP sino que como vimos anteriormente, se hacía eco de la percepción de franjas importantes de la población que descreían fuertemente del sistema político de democracia controlada que regía tras el golpe de 1955.

Poco después se daba a conocer la “Carta al Presidente Illia”, fechada el 9 de Julio de 1963, que sería publicada por primera vez, aunque de forma fragmentada, en el semanario Compañero dirigido por Mario Valota en su edición N° 16 de Octubre de 1963. La carta, junto al “Mensaje a los Campesinos” de Enero de 1964 son los únicos documentos políticos que se conocen de la efímera guerrilla dirigida por Masetti. En ella se reconocían los valores personales de Illia pero señalaba que

“el pueblo argentino puede decir sin equívoco: es usted el producto del más escandaloso fraude en toda la historia del país... Ud. doctor Illia, aún puede rectificar y hacer un gran bien a nuestra nación. Renuncie a ser presidente fraudulento, denuncie el fraude por su nombre y exija elecciones verdaderas generales y libres, en las cuales los argentinos no se vean coaccionados a votar, sino que puedan ejercer su derecho a elegir”.

Como vemos, el EGP fundaba la legitimidad de su accionar armado en las características excluyentes de las elecciones y el sistema político vigente. El razonamiento era muy simple: no podía existir un gobierno legítimo con la mitad de la población proscripta. Al mismo tiempo la publicación de la carta, aunque obviamente no daba coordenadas geográficas del accionar de la guerrilla, alertaba a todo el aparato represivo acerca de la existencia de un foco guerrillero en el país.

A partir de 1963 con contactos personales y siguiendo la recomendación del Che de trabajar con grupos escindidos del PC o el Socialismo y/o que no tuvieran lazos orgánicos con ningún partido, Ciro Bustos

comienza a tejer la red de contactos urbanos. Esa red de apoyo debía proveer a la guerrilla de medicinas, alimentos, ropa y calzado, hamacas y armas así como transformarse en la cantera de militantes que en diferentes tandas se sumarían a la guerrilla en Salta. Muy rápidamente, con entusiasmo, en distintos lugares del país comenzarían a vincularse diferentes grupos al proyecto del EGP. En pocos meses en Córdoba, Buenos Aires y Mendoza se estructuraban bases de apoyo importantes y aparecían contactos firmes en La Plata, Rosario, Santa Fe y el incipiente armado de una base operativa en las ciudades de Salta y Orán. Sin duda el grupo de mayor peso específico que adhiere eran los miembros del comité de redacción de la prestigiosa revista marxista Pasado y Presente, en su mayoría alejados recientemente del Partido Comunista de Córdoba. Entre sus figuras más connotadas el primer contacto es con Oscar del Barco y Francisco “Pancho” Arico. Entusiasmados con la existencia de una guerrilla ya instalada en el terreno, con voluntad de crear un marco organizativo, político e ideológico absolutamente nuevo y sobre todo movilizados por la presencia explícita del Che en el proyecto, son los intelectuales cordobeses quienes abren una red de contactos de escindidos del PC en otros lugares del país. Entre ellos la relación con jóvenes recientemente separados de la Federación Juvenil Comunista (FJC), en particular un Héctor Jouve que pronto por su compromiso y sus dotes para adaptarse al monte ocuparía puestos de dirección en el EGP. En Buenos Aires es un joven Juan Carlos Portantiero, que formaba parte de un grupo escindido del PC denominado Vanguardia Revolucionaria (VR), el que facilita los contactos con distintos dirigentes universitarios. La Facultad de Filosofía y Letras, en especial la carrera de Antropología, y la Facultad de Medicina, con la presencia de Jorge Bellomo, se transformarán en espacios estelares de reclutamiento para la guerrilla. La base social de la que se nutre el EGP será marcadamente juvenil, mayoritariamente de clase media y proveniente del espectro de la izquierda clásica. La piedra de toque que los moviliza es el apoyo irrestricto a la revolución cubana, las figuras de Fidel y el Che y el convencimiento en la vía armada contra dirigencias partidarias que, de manera directa o velada, se oponían a la adaptación de la estrategia guerrillera en el resto de América Latina y argumentaban que el caso cubano era la excepción que confirmaba la regla.

La rápida acogida que encuentra el proyecto da una idea del clima de época que describíamos anteriormente. Pero esa apoyatura externa muy pronto chocaría con las dificultades de implantación de la guerrilla. Las posibilidades de incorporaciones superaban por mucho las probabilidades de absorberlas por parte del EGP, sea por falta de armas y alimentos, sea por la barrera que representaba la dificultad de adaptarse al medio. Los jóvenes urbanos que se sumaban a la lucha se encontraban con larguísimas marchas en el medio de la selva teniendo que enfrentar el cansancio, el hambre ante una alimentación insuficiente, el ataque minuto a minuto de infinidad de insectos, una naturaleza desbordante donde las lluvias y el crecimiento de los ríos ponía en más de una oportunidad en riesgo de muerte a sus integrantes, y una situación de soledad humana aguda.

La inadaptación al medio no es un tema menor ni marginal en el periplo del EGP. Por el contrario la imposibilidad física de sostener las exigencias cotidianas enormes de “Pupi” y “Nardo”, ambos quebrados física y emocionalmente, llevan a la tragedia de ordenar sus fusilamientos tras un juicio

sumario. Sólo desde una visión instrumental que disocia brutalmente medios y fines se justifica la medida. Desde esa postura se aduce que dejar vivos a cualquiera de los dos guerrilleros era un riesgo de seguridad colectivo si se los trasladaba a la ciudad o que, de no tomar medidas, su contraejemplo degradaba al conjunto. Nada más falso cuando sabemos que en otros cinco casos se permitió a los aspirantes regresar a la ciudad ante la evidente incapacidad física y mental de adaptarse a un medio decididamente hostil. La guerrilla, sin haber combatido una sola vez, tomaba medidas de muerte de sus militantes con un claro sentido ejemplificador que marcaba la existencia en su seno de posturas darwinistas y de valores antagónicos con los ideales que perseguía.

Los fusilamientos estuvieron a punto de colapsar la organización, en particular ante el rechazo del sector de Córdoba a esa decisión tomada por Masetti y quienes estaban en la selva. La dinámica de los acontecimientos impediría un debate profundo de esos y otros problemas al ser detectado el núcleo guerrillero por el aparato represivo estatal y comenzar el cerco de aniquilamiento del EGP en Marzo de 1964.

A su vez la posibilidad de realizar un trabajo político con el campesinado que pudiera permitir recrear una base social originaria del lugar elegido chocaba con límites insalvables. Si la elección original de la zona de Oran se relacionaba con la existencia del ingenio azucarero San Martín, que en épocas de cosecha llegaba a sumar más de 20 mil braceros, ningún trabajo político se inicia con esa base social. Por el contrario, en la zona de implantación de la guerrilla los contactos remiten a la escasa población de Aguas Negras, que además en época de lluvias veraniegas se trasladaba a otra región, o a un campesinado aislado en la selva en condiciones de altísimo grado de miseria. En el recuerdo de Bustos se trataba de pocos campesinos, desalojados una y otra vez de sus campos que terminaban con sus familias sin escuelas, médicos ni vida comunitaria, idiotizados por el hambre y la soledad. Era un sujeto social no apto para desarrollar la guerrilla.

El final del EGP se relaciona con la convergencia de dos vías represivas independientes entre sí que desencadenan su aniquilamiento. Por un lado una patrulla de Gendarmería que ante las denuncias de algunos propietarios de la zona de haber avistado hombres armados y motorizados, creen encontrarse ante un grupo de contrabandistas e intensifican el rastillaje de la zona. Por el otro dos agentes de la Policía Federal que se encontraban infiltrados desde hacía un tiempo en el Partido Comunista de La Matanza. Un grupo se separa del PC y se vincula a las redes urbanas del EGP de Buenos Aires. Cuando llega el momento de mandar activistas a Salta los dos agentes son parte del grupo. La Federal los sigue sin dar aviso a ningún otro organismo represivo. Al encontrarse en la selva con militantes del EGP que los reciben y ver que se internaban en ella sin posibilidad de retorno inmediato, uno de los infiltrados se apodera de un arma, hiere al responsable al mando del grupo del EGP, atan a los otros miembros y huyen en la selva para encontrarse de improviso con miembros de Gendarmería. La caída del campamento de La Toma y la evidencia de que se trata de un grupo guerrillero, donde 6 de sus miembros han caído prisioneros, rápidamente toma escala nacional y desata una veloz campaña represiva. El intento de romper el cerco por parte del resto de los guerrilleros fracasa. La separación de sus miembros en busca de alimentos y de tomar contacto con otros miembros de la guerrilla termina en

el desastre. Hermes Peña, combatiente cubano en Sierra Maestra y colaborador íntimo del Che, cae combatiendo junto a Jorge Guille en una emboscada que tiende Gendarmería. Otros combatientes mueren desbarrancados o de hambre en el medio de la selva. El propio Masetti, que estaba junto a Oscar Altamirano, se encontraba imposibilitado físicamente. Los cuerpos de ambos se pierden en la selva y jamás son encontrados. Tal vez ejecutados por la propia Gendarmería, que se habría quedado con el dinero que tenía el jefe de la guerrilla. Tal vez, como hipotetiza Gabriel Rot, porque haciendo desaparecer el cuerpo del Comandante Segundo se pretendía borrar su memoria. Parte de las redes urbanas caen en la espiral represiva, pero la mayoría sobrevive al desastre aunque un núcleo se exilia en Uruguay. La experiencia guerrillera argentina más íntimamente conectada al Che era aniquilada sin que nunca se pudiera concretar su llegada a la Argentina.

El Grupo del Vasco Bengochea

Mientras el EGP comenzaba en 1963 su entrada a Salta desde Bolivia el Vasco y sus compañeros iniciaban la preparación de una organización político militar que en determinado momento decidirían denominar Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN), que pretendía lanzarse en la Provincia de Tucumán como escenario.

Las razones de la elección de esa provincia eran múltiples. Existía en Tucumán un combativo proletariado agrícola, creado por la producción de azúcar y los ingenios azucareros, nucleado alrededor de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA); un importante trabajo de inserción previo realizado por Palabra Obrera –que ya había ubicado a la provincia del norte como el eslabón más débil de la dominación capitalista en Argentina-; una experiencia guerrillera anterior como la de Uturuncos; centros urbanos considerables junto a una geografía selvática y de montaña, y una cercanía mayor con el lanzamiento de la lucha armada en Salta que intentaba el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP). Todas razones de peso permitían intentar combinar desarrollo político–militar rural y urbano. Si recordamos la discusión del Vasco con el Che en ocasión del campamento militar en Cuba, la elección era con toda probabilidad un intento de conciliar ambas perspectivas de la lucha armada. En la visión del Vasco y sus compañeros pesaba ya una lectura de la concepción de Guerra Popular Prolongada (GPP) que, más allá de los señalamientos críticos que sean necesarios realizar, obligaba a las organizaciones guerrilleras a poner en un lugar más relevante la necesidad de determinados arraigos sociales para su desarrollo. Este enfoque entraba en tensión con la mayor prioridad que le otorgaba al crecimiento del foco rural la visión del Che. En definitiva, discusiones centrales sobre la forma de llevar adelante la lucha armada ya se daban en ese momento, aunque subordinadas al objetivo principal que era iniciarla efectivamente y no postergarla hasta lograr hipotéticos acuerdos mayores.

La base de reclutamiento principal en este caso eran militantes trotskistas que rompían con Palabra Obrera (PO), pero hay que recordar que aún, aunque ya en retirada, la organización se encontraba realizando una práctica de entrismo en el peronismo. El inicio de la resistencia peronista los había

encontrado siendo parte de esa experiencia e intentando organizar corrientes sindicales al interior del movimiento obrero.

Sin duda ese recorrido le daba al Vasco y a sus compañeros una mirada sobre el peronismo mucho más abierta y menos prejuiciosa.

En ese sentido no cabe duda que la experiencia del grupo del Vasco se debe adscribir dentro de la vertiente guevarista, dado que formaban parte del plan continental creado por el Che; buena parte de las concepciones que los nutrían provenían de la revolución cubana e intentaron lanzar la guerrilla rural en vinculación estrecha con el EGP. Pero existen una serie de cuestiones, que se agregan a las discusiones que ya hemos mencionado, que marcan diferencias importantes.

Mientras que, como vimos, en el EGP se planteaba explícitamente que el reclutamiento debía evitar a grupos provenientes del peronismo, en el caso de las FARN buena parte de su militancia se reclutara en el seno de esa identidad. Un ejemplo es el de la ciudad de La Plata donde conocidos militantes de la Juventud peronista de esa urbe como Carlos Banegas, Amanda Peralta y David Ramos se incorporaran al proyecto. A este caso se agregan activistas de las agrupaciones sindicales y barriales del peronismo en Berisso. Entre ellos Consuelo Orellano y su compañero Enrique Ardeti que llegaría años más tarde, al igual que Amanda pero en momentos distintos, a ser parte de la dirección nacional de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

Esta cuestión, como los ya mencionados vínculos establecidos por activistas trotskistas, con el mundo simbólico, cultural y cotidiano de los trabajadores en el período de entrismo de Palabra Obrera, nos obliga a repensar la relación entre la izquierda y el peronismo en la etapa. Es necesario apartar las visiones que parten de construir mundos escindidos y estancos entre esas identidades y complejizar el escenario de cruces sociales, de influencia recíproca, de espacios compartidos -no sin contradicciones y tensiones- entre una clase trabajadora mayoritariamente peronista y algunas corrientes de las tradiciones de la izquierda.

Pero además, en el caso de las FARN su compromiso con la revolución cubana y con el Che era acompañada por una firme convicción de mantener una independencia financiera y política de la incipiente organización, financiando toda la logística necesaria con el asalto –sin firmar la autoría- de al menos un banco en la zona sur del conurbano. Los compañeros de las FARN eran celosos de su autonomía política como organización más allá de entender la acción guerrillera desde una concepción continental de la lucha armada, tal como lo hacía el Che. Por el contrario el EGP fue concebido desde su inicio como una organización cuya dirección política, parte de sus combatientes y logística –al menos en una primera etapa- dependían de la revolución cubana.

Los acontecimientos se aceleraron a partir de que la Gendarmería descubre y cerca al núcleo del EGP en Salta. Según lo recuerda Amanda Peralta: “Yo no estaba en el núcleo de la organización, pero lo que yo sé, que cuando la cuestión está muy apretada para el EGP, el Papi (el capitán del ejército rebelde cubano José María Martínez Tamayo) se encuentra con el Vasco. Le comenta sobre una discusión con

Masetti y en ese encuentro se resuelve subir antes de lo planeado. Incluso hay quien atribuye la explosión (de la calle Posadas) al apuro, al descuido por el apuro”.

Fuera o no esa situación la causa del trágico fin del grupo el 21 de Julio de 1964, alrededor de las 15 horas, una brutal explosión sacudía el edificio de la calle Posadas 1168 ubicado en pleno Barrio Norte. Entre los 9 muertos que provocó la explosión, suscitada por el insólito almacenamiento y manipulación de explosivos en un edificio céntrico, se encontraban 5 hombres que hacía apenas 6 meses habían alquilado el departamento 108 del primer piso. Se trataba de Hugo Pelino Santilli, Raúl Reig, Carlos Guillermo Schiavello, Lázaro “Lito” Feldman y quien era el referente principal del grupo, el “Vasco” Angel Amado Bengochea. Todos ellos habían compartido su militancia en la organización trotskista Palabra Obrera. Con el desastre de la calle Posadas y la dispersión de los sobrevivientes del grupo, la historia de esta experiencia sólo sería conservada por núcleos militantes y por quienes habían compartido alguna práctica política con los muertos en el estallido, en especial con el Vasco, figura carismática cuyo recuerdo permanecería vivo en la memoria de muchos activistas que transitaron las luchas de fines de los 50’ y los primeros años 60’.

Lo cierto es que el aniquilamiento del EGP y la desaparición de las embrionarias FARN ponían un fin –momentáneo- a las primeras expresiones del guevarismo en Argentina. Una reflexión más profunda sobre ese desenlace resulta necesaria.

Bibliografía

Avalos, Daniel, La guerrilla del Che y Masetti en Salta. Ideología y mitos en el Ejército Guerrillero del Pueblo, Córdoba, La Intemperie, 2005.

Bengochea, Angel y Lopez Silveira, J.J., Guerra de Guerrillas, Editorial Uruguay, Montevideo, 1970.

Bustos, Ciro, El Che quiere verte, Buenos Aires, Vergara, 2007.

Castellano, Axel y Nicanoff, Sergio, Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2006.

Guevara, Ernesto, La guerra de guerrillas, en Escritos y discursos, Tomo I, La Habana, Editorial de ciencias sociales, 1977.

Masetti, Jorge, Los que luchan y los que lloran y otros escritos inéditos, Buenos Aires, Nuestra América, 2012.

Rot, Gabriel, Los orígenes perdidos de la guerrilla en Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2000

Cuarta Parte: Conclusiones provisionarias

Poder repensar trayectorias militantes como las de los primeros grupos que adhirieron al guevarismo en Argentina nos permite trazar una mirada más global sobre la lucha armada y la violencia política en el período que va desde el golpe de 1955 a la última dictadura militar. Esa mirada es necesaria para contextualizar la aparición de esas corrientes en Argentina pero se torna aún más urgente en épocas donde se pretende reinstaurar la teoría de los dos demonios como versión culturalmente dominante en la sociedad sobre ese período. De allí que tratamos de explicar la complejidad de factores y de causas que llevaron a la lucha armada a más de una generación. Por eso inscribimos las causas de la violencia política en Argentina en un período mucho más largo que fines de los 60 o principios de los 70. Desde nuestra perspectiva partimos, por poner un momento de inflexión, de los bombardeos de Plaza de Mayo de Junio de 1955 y el posterior golpe de Estado de noviembre de dicho año. En esa coyuntura, como vimos, se iniciaba una brutal revancha clasista sobre los trabajadores que pretendía terminar con buena parte de las conquistas populares obtenidas en la década del 40. Como tratamos de explicar la proscripción política del peronismo, el avance de los discursos anticomunistas y la Doctrina de Seguridad Nacional -con su definición del comunismo como enemigo interno-, el peso cada vez mayor de las Fuerzas Armadas y de las cúpulas de la Iglesia católica, las experiencias vividas masivamente por las clases populares en esa etapa de exclusión, segregación cultural y social, persecución y asesinato, están en la base de la radicalización política de vastas franjas sociales y entre las causas ineludibles que explican la aparición de las primeras organizaciones armadas.

Partir desde allí nos lleva a descartar las miradas que aún hoy, de maneras más directas o sutiles, pretenden ubicar el problema de las organizaciones armadas como un mero subproducto del descontento de las clases medias que veían impedido su ascenso social por el bloqueo de los canales de participación en el sistema político implementado por la dictadura de Onganía desde 1966. Esas visiones se emparentan con aquellas que ubicaron todas las experiencias guerrilleras bajo los motes de “aventureros”, “foquistas”, “pequeños burgueses desesperados” y que engarzaron cómodamente con el discurso hegemónico, tras el retorno de la democracia parlamentaria en la década del 80’, encarnado en la teoría de los dos demonios.

Ubicarnos de esa manera nos permite también polemizar con cierta producción de los últimos años, originada sobre todo desde las usinas de producción académica, donde impera una serie de explicaciones de fuerte impronta psicologista, escudadas en la imprescindible necesidad de dar cuenta de la complejidad de las experiencias sociales y poner en foco las dimensiones culturales, simbólicas, vivenciales. Esas producciones han centrado la explicación de estos procesos alrededor de la conformación de una subjetividad e identidad en la generación de los 60, 70 –al menos la que se vinculó a la lucha armada- supuestamente dominada por el culto de la violencia, las concepciones redencionistas y un imaginario signado por prácticas sacrificiales articuladas alrededor de “la pulsión

por la muerte”. Sus implicancias también resultan funcionales a la mirada binaria y falaz de los dos demonios.

Múltiples investigaciones nos muestran la existencia de una relación mucho más compleja de algunas franjas de los trabajadores con la violencia política y que los actores sociales de los que abrevaron las organizaciones armadas fueron decididamente más diversos de lo que estas posturas plantean. De la misma manera, poco contribuyen a entender la subjetividad de esa generación los planteos que exacerban, estereotipan y unilateralizan las causas profundas que llevaron en ese contexto histórico específico a miles de jóvenes -y no tan jóvenes- a optar por la violencia como forma central de modificar la realidad. Nada de esto implica obviar la necesidad de una lectura crítica de este período que no caiga en visiones meramente legitimadoras o mitificadoras de la experiencia de las organizaciones armadas. La rigurosidad histórica y la profundidad de la mirada no tienen por qué estar reñidas con la empatía y la perspectiva vindicadora de la acción de quienes intentaron tomar el cielo por asalto. Fue la posible convergencia de la acción de los trabajadores y franjas crecientes de la clase media lo que preocupó agudamente a los factores de poder. En particular las impugnaciones nacidas del ámbito fabril, que cuestionaban la dominación del capital en las fábricas pero también la dominación global del sistema. Sólo entendiendo la magnitud del desafío a la dominación es que se puede abordar el plan de genocidio sistemático elaborado por el golpe de 1976, cuyos gérmenes ya estaban presentes en la Triple A y el Operativo Independencia en Tucumán lanzados durante el gobierno peronista previo. El genocidio era el requisito básico para disciplinar a la clase obrera, acabar con todas las vertientes de la lucha social -incluidas las organizaciones armadas- establecer nuevos patrones de acumulación y reinsertar el capitalismo argentino en el mercado mundial bajo las nacientes coordenadas del neoliberalismo que eran la expresión de una ofensiva global del capital. Esa estrategia de recomposición de la dominación en Argentina no fue entonces una mera respuesta a los aciertos, errores, desviaciones, omisiones, vanguardismo o sectarismo de las organizaciones armadas –por cierto muy diferentes en cada caso que se analice- sino una contrarrevolución conservadora que era una respuesta a la crisis de hegemonía -que venía desplegándose al menos desde el golpe de 1955- y se había tornado orgánica desde el Cordobazo de 1969.

Desde ese lugar nos acercamos a las primeras experiencias del guevarismo. Tratamos de problematizar la creencia de que la decisión de Cuba y el Che de impulsar la lucha armada en el continente fue el motivo central de la expansión de las organizaciones armadas en nuestro país y que el desarrollo de esas organizaciones estuvo fuertemente supeditado a las decisiones impulsadas desde la isla. El gran impacto de la revolución caribeña es obviamente innegable, pero esa influencia se insertó, dialogó y entró en tensión e inacabada síntesis con diversos factores nacionales que habían llevado a muchos activistas a la decisión de iniciar la lucha armada independientemente del proceso cubano. Se trata de entender de manera más compleja el contexto local y nacional y no reducirlo a factores unicausales, por importantes que estos fueran.

La potencia de los aportes del Che era decisiva en ese contexto porque ofrecía respuestas a los interrogantes de miles de activistas que –no sólo en Argentina- no toleraban más la situación existente.

En el mundo de las corrientes emancipatorias reinstalaba en el centro de la política el problema del poder, del socialismo como horizonte posible, necesario e imprescindible frente a las corrientes de izquierda dominantes que lo postergaban para un futuro ignoto.

Recuperaba el peso de la voluntad y la acción revolucionaria irguiéndose frente a las determinaciones “objetivas” castradoras de la subjetividad de generaciones de militantes.

Daba un soplo de aire fresco en las anquilosadas concepciones de una izquierda resignada a ser furgón de cola de proyectos dirigidos por la burguesía. Como vimos, ponía en el centro de la práctica de los revolucionarios la consonancia entre palabras y acciones, entre medios y fines, al concebir la superación de la sociedad capitalista como la construcción de un hombre nuevo portador de otros valores superadores de los existentes.

El impacto de sus perspectivas se debía a que constituían una síntesis -provisoria- de lo que entendía como mejores enseñanzas de la revolución cubana.

Sus conclusiones se nutrían de ese proceso histórico. Su preocupación por una estrategia armada continental sólo puede entenderse en relación con su mirada sobre los desafíos que presentaba la transición al socialismo en Cuba. De allí la necesidad de priorizar los estímulos morales en la población y entrever que el aislamiento de la revolución conducía a los peligros de la restauración del capitalismo tal como observaba que sucedía en la Unión Soviética.

Fueron esas ideas fuerza las que conmovieron a distintas generaciones en el mundo entero y fue ése el sentido profundo que movilizó la aparición en distintos lugares de núcleos militantes que adscribimos en lo que denominamos guevarismo. Muchas de sus conclusiones conservan profunda vigencia.

De todos modos la veloz derrota del EGP y las FARN así como de otras experiencias en América Latina que partieron de la tesis de la guerrilla rural y el foco, obliga a una discusión más profunda que salga de los clásicos estereotipos sobre el foquismo pero que a la vez contenga una mirada crítica.

Si bien las visiones críticas de la guerrilla rural suelen omitir los casos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) o el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que perduran hasta el día de hoy en Colombia o el periplo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua con su triunfo en 1979, está claro que la lista de derrotas de las experiencias armadas basadas en esa concepción es infinitamente mayor.

A nuestro entender la estrategia del foco que terminó por teorizar –y por dogmatizar- el intelectual francés Régis Debray partía de una mirada sobre la propia revolución cubana altamente reduccionista.

El Movimiento 26 de Julio era una organización con lazos ideológicos, simbólicos, políticos en la sociedad cubana totalmente previos al desembarco del Granma. El propio Fidel Castro gozaba de una legitimidad social previa a Sierra Maestra al transformar una derrota militar –la toma del cuartel Moncada- en una victoria política en su juicio frente a la dictadura de Batista. No hay espacio aquí para un análisis detallado de la revolución cubana pero podemos afirmar que la estrategia inicial del 26 de

Julio era la de un movimiento nacionalista revolucionario con una perspectiva insurreccional que combinaba la guerrilla en el monte con el alzamiento en las ciudades y la huelga general.

Esas formas de lucha tenían antecedentes históricos ineludibles. La lucha contra el colonialismo español tuvo como componente central el impulso a fuerzas guerrilleras en el Oriente de Cuba, estrategia que José Martí llevó adelante hasta su muerte en combate. La insurrección y la huelga general tenían un antecedente muy cercano con el levantamiento de 1933 contra la dictadura de Machado.

Durante el desembarco en la isla del Granma se esperaba una insurrección en la ciudad que fracasó. Durante la primera etapa de la lucha guerrillera en Sierra Maestra la ciudad y las estructuras urbanas del 26 de Julio fueron fundamentales no sólo como apoyatura logística sino porque se esperaba una huelga insurreccional que fue derrotada por la dictadura. A partir de allí la guerrilla se vuelve el epicentro de la lucha revolucionaria y la multiplicación de adhesiones campesinas lleva a la estructuración de columnas y su transformación en un ejército rebelde. El éxito guerrillero opacó y dejó en el olvido todo lo anterior. La propia dirección revolucionaria cubana absolutizó los éxitos de la experiencia rural y sus intérpretes internacionales exacerbaron esa visión empobreciendo el análisis de la experiencia cubana.

Por cierto ya vimos en la polémica del Che con el Vasco que de todas maneras no faltaron críticas o señalamientos a esa perspectiva. Aún así, en una primera etapa de la lucha armada el prestigio de la revolución cubana y la necesidad de demostrar que no se trataba de meras palabras, el imperativo de poner el cuerpo en correspondencia con los discursos llevó a que esas críticas tuvieran poco eco, aunque no faltaron posturas diferentes. Al avanzar la década del 60', la muerte del Che en Bolivia representó el final –provisorio al menos- de una estrategia continental armada. A partir de allí se desplegaron estrategias nacionales. En países donde supuestamente era imposible desplegar la lucha armada dado la teórica consolidación de sus democracias burguesas, como en Chile y Uruguay, aparecieron grandes organizaciones armadas –Tupamaros y el MIR respectivamente- en el marco de profundas crisis de dominación. Aún más importante, algunas de esas experiencias en los 70 profundizarían una concepción de la violencia ligada a la idea de Poder Popular y al convencimiento de que la estrategia revolucionaria central era modificar la correlación de fuerzas en el seno de la sociedad civil por medio del trabajo de base íntimamente articulado al despliegue de la lucha armada. Esas miradas dieron lugar al impulso de los cordones industriales y de pobladores en Chile a retomar la tesis del doble poder con Mario Roberto Santucho, desde el PRT-ERP, y a las FAP planteando que la violencia armada tenía que estar al servicio y ser orientada desde las organizaciones de base fabriles. Eso significa que se fue mucho más allá de la idea de llevar adelante un foco urbano en lugar de uno rural.

Las experiencias del EGP y de las FARN –con matices no menores entre sí que desarrollamos- pertenecen a la primera etapa de la lucha armada y expresan muchas de sus limitaciones.

Otro gran tema de debate es el problema del peronismo y los límites, por supuesto a nuestro juicio, de la mirada del Che sobre ese peronismo –irrepetible- de los 60'. El propio John William Cooke, considerado por muchos el gran difusor de la revolución cubana y de las ideas del Che en Argentina, no estuvo de acuerdo con el lanzamiento del EGP. Ya señalamos que para él sólo un paciente desarrollo de la perspectiva revolucionaria armada y el socialismo al interior de los sectores revolucionarios del peronismo y de los sindicatos podía alterar la correlación de fuerzas. Imaginaba a su vez la estructuración de un frente de liberación que incluyera a diversas corrientes revolucionarias pero con el peronismo revolucionario como componente central. Esas diferencias no le impidieron ser solidario con el EGP en el marco del desastre. El propio Che buscó y confió una vez más en Cooke y Alicia Eguren para la búsqueda del cadáver de Masetti perdido en la selva. La relación de Cooke con el Che y sus **Apuntes sobre el Che**, elaborado a la muerte del Che, son una de las mejores síntesis que se hayan escrito acerca de los valores del pensamiento guevarista.

Con la desarticulación del EGP y del Grupo del Vasco por supuesto estaban muy lejos de desaparecer las experiencias armadas de todo tipo. A su vez la reivindicación de la experiencia guevarista reaparecería de la mano de diversas organizaciones, la más connotada de ella el PRT-ERP. Paradojas de la historia: en el momento del lanzamiento del grupo del Vasco connotados dirigentes azucareros – como Leandro Fote- fueron abordados para llevar adelante la guerrilla en Tucumán. Una relación muy cercana unía además a hombres de las FARN –como Santilli- con Santucho. Sin embargo el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), dirigido por entonces por los hermanos Santucho, polemizaría con la idea, calificándola de foquista y entraría en proceso de fusión con Palabra Obrera, conducida por Nahuel Moreno. Pocos años después, tras romper con el morenismo, se transformarían en la organización mas importante en desarrollo político-militar que se autodefinía como guevarista. Pero esa, como suele decirse, es otra historia.

Bibliografía

Arbelos, Carlos y Roca, Alfredo, *Los muchachos peronistas. Historias para contar a los pibes*, Madrid, Emiliano Escolar, 1981.

Avalos, Daniel, *La guerrilla del Che y Masetti en Salta. Ideología y mitos en el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Córdoba, La Intemperie, 2005.

Bardini, Roberto, *Tacuara. La pólvora y la sangre*, México, Oceano, 2002.

Bengochea, Angel y Lopez Silveira, J.J., *Guerra de Guerrillas*, Editorial Uruguay, Montevideo, 1970.

- Bustos, Ciro, *El Che quiere verte*, Buenos Aires, Vergara, 2007.
- Castellano, Axel y Nicanoff, Sergio, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2006.
- Correspondencia Perón-Cooke*, Tomos I y II, Buenos Aires, Parlamento, 1984.
- Cooke, John William, *Apuntes sobre el Che*, (recopilado por Alicia Eguren), Buenos Aires, Nuevo Hombre I, 1971.
- Debray, Regis, *El Castrismo. La larga marcha de América Latina*, Montevideo, Editorial Sandino, 1967.
- González, Ernesto (coordinador), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Tomo II y III, Buenos Aires, Antídoto, 1996.
- Guevara, Ernesto, *La guerra de guerrillas*, en Escritos y discursos, Tomo I, La Habana, Editorial de ciencias sociales, 1977.
- _____, *El socialismo y el hombre en Cuba*, Montevideo, Marcha, 1965
- _____, *Apuntes Críticos a la economía política*, Bogotá, Ocean Sur, 2007.
- Gurucharri, Eduardo, *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Colihue, 2001.
- Grenat, Stella, *Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los 70'*, Buenos Aires, Ediciones RyR, 2011.
- Hendler, Ariel, *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)*, Buenos Aires, Vergara, 2010.
- Masetti, Jorge, *Los que luchan y los que lloran y otros escritos inéditos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2012.
- Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2000.
- Salas, Ernesto, *Uturuncos: el origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2015.
- *De resistencia y lucha armada*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.